

LA GENERACIÓN DE 1837 Y EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL ARGENTINA

FABIO WASSERMAN*

INTRODUCCIÓN

Uno de los lugares comunes que recorren la historia de la historiografía argentina señala a los jóvenes románticos de la *Generación de 1837* como los primeros artífices de un programa para la conformación de esa nación a partir del principio de la nacionalidad. En consecuencia, nunca se consideró como un problema relevante el análisis de sus formas de identidad política, ya que parecía evidente que ésta sólo podría haber sido la *identidad nacional argentina*.¹ En el presente artículo procuramos cuestionar esta visión canónica mediante la exposición de algunos de los principales resultados obtenidos en una investigación centrada en el análisis del discurso de dicho grupo.² En ese sentido, destacamos la existencia de dos fenómenos que problematizan la atribución de la *identidad nacional argentina* a los jóvenes románticos. El primero es la coexistencia en tensión de distintas identidades políticas en el discurso de esa generación. El segundo es el tardío predominio de la *identidad nacional argentina*, producida recién en el exilio durante la década de 1840.

* Instituto Ravignani-UBA.

¹ Consideramos como identidades políticas a aquellas que dan cuenta de la pertenencia o adhesión a una comunidad sociopolítica que se pretende soberana, y no a las de carácter faccioso y/o partidario.

² Esta investigación fue iniciada con una beca de estudiante UBACYT bajo la dirección de José C. Chiaramonte y continuó como parte del Proyecto UBACYT "Análisis del vocabulario político durante la primera mitad del siglo XIX en el Río de la Plata" dirigido por Noemí Goldman. Cfr. nuestra tesis de licenciatura *Formas de identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la Generación de 1837*, UBA, Filosofía y Letras, Departamento de Historia, 1996 (mimeo).

Para ordenar la exposición se dividió el artículo en seis partes. La primera es una presentación historiográfica del problema de la nación y de las identidades políticas en el Río de la Plata. La segunda es una breve explicación de la metodología empleada y de los criterios de constitución del corpus y de delimitación del objeto. La tercera es un resumen de los aspectos más importantes de la trayectoria de la *Generación de 1837*. La cuarta es un examen de sus formas de identidad política, en el cual señalamos y explicamos la coexistencia en su discurso de la *americana*, la *argentina* y las *locales o provinciales*. En la quinta parte desarrollamos nuestra hipótesis que señala el exilio del grupo, durante la década de 1840, como el momento en el cual se produjeron transformaciones en sus prácticas y representaciones que permitieron el predominio en su discurso de la *identidad nacional argentina*. Por último, en la sexta parte, procuramos hacer inteligible las cuestiones atinentes a las formas de identidad política, al ponerlas en relación con la realidad sociopolítica de la cual formaban parte.

I. PLANTEO DEL PROBLEMA

Revolución de independencia y nación en el Río de la Plata

En los últimos años, y como efecto de acontecimientos internos y externos a la disciplina, comenzó a predominar en el campo historiográfico una postura que resalta el carácter *inventado* de las nacionalidades y las naciones.³ Estos análisis produjeron una profunda crítica de las posiciones esencialistas heredadas del nacionalismo romántico decimonónico, el cual concebía a la nación como el sujeto de un proceso transhistórico de brumosos orígenes. El esquema utilizado para dar cuenta de este proceso postulaba la maduración, desde un pasado lejano, de nacionalidades o pueblos-naciones cuyo devenir debía culminar con la construcción de un poder político-territorial que las representara: el estado nacional.

Esta matriz, que había sido concebida durante la primera mitad del siglo XIX para pensar el origen de las naciones europeas, sólo pudo ser empleada en Hispanoamérica años más tarde, una vez constituidas las historiografías nacionales; proceso que se dio a la par del afianzamiento de los estados nacionales americanos. Es el caso de la historiografía argentina, la cual postuló desde sus inicios que, al producirse la ruptura revolucionaria en 1810, existía en el Río de la Plata una nacionalidad, una comunidad nacional o, al menos, un grado avanzado de identificación nacional en algunos secto-

³ Cfr. B. Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; E. Gellner, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1988; E. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991.

res criollos. Esta interpretación tendió a *confundir* el proceso revolucionario con el de creación de la nación, ya que los consideraba como epifenómenos de un mismo desarrollo histórico culminado hacia 1880 con la consolidación del estado nacional argentino. Es así que los conflictos políticos del siglo XIX sólo pudieron ser entendidos como la expresión de la puja entre proyectos que buscaban constituir una nación moderna y los restos de un pasado que, al negarse a desaparecer, impedían su concreción.

Actualmente, y en consonancia con las posiciones que critican el esquema romántico del origen de las naciones, se señala el carácter ahistórico de esta visión ya centenaria. El supuesto acontecimiento originario *argentino* –la Revolución de Mayo–, más que el advenimiento de una nacionalidad o una clase nacional, en ese entonces inexistentes, es pensado como el intento de las elites criollas para superar el vacío de poder causado tras el derrumbe del Imperio Español.⁴ Durante la primera mitad del siglo XIX, esta ausencia o debilidad de fenómenos sociales, políticos, económicos y/o culturales de carácter *nacional* no sufrió modificaciones significativas.⁵ El único ámbito en el cual pudieron seguir asegurándose las actividades básicas de la vida social fueron las antiguas ciudades coloniales. Ciudades que, tras la disolución del poder central en 1820, incorporaron sus campañas a la vida política y se organizaron en provincias procurando asumir, con mayor o menor fortuna, atributos de soberanía que les permitieran convertirse en verdaderos estados. Tras el fracaso del intento de unificación estatal nacional llevado a cabo por los unitarios a mediados de la década de 1820, estos *estados provinciales* se asociaron en las décadas de 1830 y 1840 en una confederación hegemonizada por Buenos Aires bajo la atenta guía de su gobernador, Juan M. de Rosas.

Esta *provincialización* del poder, sumada al predominio de las relaciones políticas personales por sobre las institucionales, constituyó un problema central de la historiografía argentina. Sin embargo, sólo pudo ser entendida como el resultado del accionar mezquino de caudillos que impedían la organización de la nación alumbrada hacia 1810; aunque, muchas veces, estos mismos caudillos fueron considerados como la expresión más genuina de la nación, a la cual iban a constituir cuando estuvieran dadas las condiciones apropiadas. De una forma u otra, al ponerse en un primer plano la cuestión de la nación, quedó opacada la posibilidad de tratar a estas soberanías como proyectos válidos en lo que hacía a la constitución de comunidades sociopolíticas, que es la forma en la cual son consideradas actualmente.⁶

⁴ Vacío que, creemos, debe entenderse no sólo como la ausencia de un poder político, sino también como la posibilidad de disolución de todo lazo social al faltar su antiguo articulador. Para un análisis de este proceso cfr. de T. Halperin Donghi, *Revolución y guerra: formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

⁵ Cfr. de J. C. Chiaramonte, "La cuestión regional en el proceso de gestación del estado nacional argentino", Introducción a *Mercaderes del Litoral*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1991.

⁶ Cfr. de J. C. Chiaramonte, "El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX", en M. Carmagnani (comp.), *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Identidades políticas en el Río de la Plata

Una de las dimensiones que se han mostrado más productivas a la hora de analizar un período tan complejo, es la del imaginario en el cual los actores se representaban sus identidades políticas. Estudios recientes destacan que los mismos se referenciaban simultánea o alternativamente en las identidades *provinciales* o *locales*, en la *americana* y en la *rioplatense* o *argentina*.⁷ Para que se entienda la importancia de esta conjetura, se debe considerar que dicha convivencia no sería más que la expresión, en el plano identitario, de las alternativas existentes en lo que hacía a la creación de comunidades sociopolíticas tras la disolución del orden colonial. En consecuencia, la *identidad argentina* y la constitución de esa nación aparecen como una posibilidad más entre otras y no como la única legítima y posible.

Si bien el problema de la conformación de identidades políticas en el período posrevolucionario constituye una novedad historiográfica, se puede esbozar una breve historización que dé cuenta de distintas coyunturas. Luego de 1810 había cobrado vigor la *identidad americana* como forma de rechazo a la peninsular. Fue el primer *nosotros* que se construyó tras la ruptura del vínculo colonial ya que permitía dar cuenta de una experiencia compartida con todo el continente: la guerra de independencia y la existencia de un enemigo común. En forma paralela, empezaron a conformarse identidades en torno a los esbozos de los poderes emergentes, por lo que cobraron vigor las *locales* o *provinciales*. Así, mientras los ejércitos independentistas y la prensa comenzaban a extender la *identidad rioplatense* a lo largo del territorio del ex virreinato, las *identidades locales* predominaban en dicho espacio. Es por eso que, durante las décadas de 1820 y 1830, la *identidad rioplatense* o *argentina* sólo se encontraba difundida en algunos sectores letrados y/o políticos, sin poder trascender los mismos.⁸ En consecuencia, no parece desacertado pensar el proceso abierto tras la crisis del orden colonial como el de creación o invención del primer conjunto de prácticas y representaciones reconocidas con el nombre de *identidad nacional argentina* más que como el de su paso de la potencia al acto. Identidad que, una vez consolidado el estado nacional hacia fines del siglo XIX, ha sido reformulada en más de una ocasión hasta llegar a nuestro presente.

⁷ Cfr. de J. C. Chiamonte, "Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, núm. 1, 1er. semestre de 1989.

⁸ En cuanto al significado del vocablo *Argentina* y sus derivados, cabe destacar que en el período colonial sólo eran empleados en forma poética. Recién a fines del siglo XVIII comenzó a usarse como apelativo pero sólo de los habitantes de Buenos Aires nativos o peninsulares y en oposición a las castas. Tras la revolución, la poesía lo popularizó como natural del Río de la Plata y luego pasó al habla común y se extendió por todo el territorio a través de la prensa y la legislación, especialmente a partir de la Constitución unitaria de 1826. Cfr. de Ángel Rosenblat, *El nombre de Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

La Generación de 1837 y el problema de la nación

Tradicionalmente, la intervención de la *Generación de 1837* se consideraba como un intento para retomar el supuesto programa *nacional* de la Revolución de Mayo, el cual había sido abandonado tras dos décadas de guerras civiles. En ese sentido, su novedad radicaba en la elaboración de un proyecto para constituir la Nación Argentina a partir del principio de la nacionalidad difundido por el romanticismo en la década de 1830.⁹

Sin desconocer la existencia de esta tentativa, creemos que la misma sólo puede ser entendida si se la restituye a su contexto histórico y se consideran sus condiciones de posibilidad. Por eso, y a diferencia de lo esperado, en los escritos más tempranos de sus miembros las representaciones acerca de lo que era o lo que debía ser la ansiada nación no parecían ser muy precisas: carecían tanto de contenidos concretos como de propuestas que permitieran su realización. Es el caso de Alberdi –futuro autor de las *Bases* e inspirador de la Constitución Argentina–, quien sostenía hacia 1841 que “la fórmula de nuestra organización social es un misterio que se oculta en los arcanos del porvenir”.¹⁰

Sin embargo, creemos que hay una idea de nación que recorre el discurso de la *Generación de 1837* y es aquella que actúa como el *nombre* del proyecto que tenía como objetivo el desarrollo de lazos sociales y políticos modernos en el Río de la Plata.¹¹ El carácter *nominal* de este proyecto tiene que ver con sus condiciones de posibilidad. No sólo los actuales historiadores, sino que también los integrantes de aquella generación notaban que, si en algo se destacaban los fenómenos que pudie-

⁹ Si bien no podemos desarrollar en extenso este problema, es de destacar que, a pesar de su romanticismo impregnado de nacionalismo, por momentos le atribuían un origen pactista a la patria y/o a la nación: “*Antes de Mayo, [...] La Patria, pues, no existía, porque no había pueblo ni instituciones populares: no había sino opresores y oprimidos. Pero la revolución de Mayo arrancando la soberanía al Rey de España, se la dió al Pueblo, su legítimo dueño, y el pueblo unido fué soberano, y nació la Patria; porque la Patria nace de la unión voluntaria de todos los ciudadanos con el fin de fundar la asociación política*”. E. Echeverría, “Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias del Estado Oriental” (Montevideo, 1846), en *Obras completas*, Buenos Aires, Antonio Zamora, 1951, p. 368. En todas las citas los subrayados son nuestros y se respetó la sintaxis y la ortografía de donde fueron extraídas.

¹⁰ Ya que: “Todo lo que va a salir de este continente, es distinto de lo conocido hasta ahora; guardémosnos de rodear la cuna de un mundo que nace, de las leyes de un mundo que se vá”. En forma coincidente, para Echeverría no debía haber “sino una Institución conveniente, adecuada, normal para el país, fundada sobre el Dogma de Mayo: *-en encontrarla está el problema-*”. J. B. Alberdi, “Observaciones sobre el certamen poético de 1841”, en *Autobiografía*, Buenos Aires, Jackson, 1953 p. 85; E. Echeverría, *Dogma Socialista de la Revolución de Mayo, precedido por una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37* (Montevideo, 1846), Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915, p. 159.

¹¹ Esta idea de nación debe entenderse como una oposición a los intentos por retornar al Antiguo Régimen u oscilar entre la anarquía y el despotismo. Para un análisis de esta cuestión cfr. nuestro *Formas de identidad...*, cap. IV.

ran ser pensados como nacionales, era por su precariedad o inexistencia: ni poder político, ni mercado, ni clases sociales, ni tan siquiera identidades políticas o culturales.¹² Pero, como veremos, esta realidad poco propicia para la creación de una nación no era externa a la *Generación de 1837*; también contaminaba sus prácticas y representaciones.

II. DELIMITACIÓN DEL OBJETO, CORPUS Y METODOLOGÍA

Nuestra investigación se basó en un análisis lexicológico y conceptual de algunos vocablos que consideramos clave para entender las formas de identidad política de la *Generación de 1837* —en este caso *América, Buenos Aires, Argentina* y sus derivados—.¹³ La elección de esta metodología radica en la lectura anacrónica que se suele hacer de dichos vocablos —a los que se puede añadir otros como *país, patria, nación, pueblo*—, lo que lleva a malinterpretar los discursos de los actores del período. En ese sentido, procuramos que los enunciados analizados adquieran inteligibilidad a través de la reconstrucción del contexto de enunciación y de las condiciones de producción del discurso. Es por eso que, cuando hacemos referencia al discurso de la *Generación de 1837*, se tienen en cuenta los escritos de sus miembros, pero también las prácticas que los sostenían y los dotaban de sentido.

Para poder tener un panorama amplio del uso de los términos, incluimos en nuestro análisis textos producidos por todos aquellos que, de una forma u otra, participaron de dicha experiencia generacional. En consecuencia, el corpus de nuestra investigación se constituyó con fuentes de muy diversa índole: diarios y periódicos en los cuales expresaban sus ideas aunque sea en forma anónima;¹⁴ folletos y libros, ya sean políticos, doctrinarios o literarios; correspondencia pública y/o privada; pro-

¹² Pocas páginas antes de que Echeverría declarara no saber cómo se organizaría el país se lamentaba ya que “*La patria para el correntino es Corrientes, para el cordobés Córdoba, para el tucumano Tucumán, para el porteño Buenos Aires, para el gaucho el pago en que nació. La vida e intereses comunes que envuelve el sentimiento nacional de la Patria es una abstracción incomprensible para ellos y no pueden ver la unidad de la República simbolizada en su nombre*”, en *Dogma...* pp. 132-133.

¹³ Por razones de espacio y de claridad expositiva, en este artículo apelamos a algunos ejemplos que nos parecen significativos y/o ilustrativos de los problemas planteados. Debido al mayor volumen e importancia de su producción, algunos autores como Echeverría, Alberdi, Sarmiento, aparecen más citados que otros. Para ampliar las fuentes documentales cfr. los anexos de nuestra tesis *Formas...*

¹⁴ Fueron analizados exhaustivamente los siguientes diarios y periódicos *La Moda*, Buenos Aires, 1837-1838; *El Iniciador*, Montevideo, 1838; *El Nacional* (2da. época), Montevideo, 1838-1839; *El Grito Argentino*, Montevideo, 1839; *El Corsario*, Montevideo, s/f (¿1840?); *El Pueblo Libertador*, Corrientes, 1840; *El Talismán*, Montevideo, 1840; *Muera Rosas*, Montevideo, 1841-1842; *La Nueva Era*, Montevideo, 1846. También fueron consultados artículos ocasionales, especialmente de la prensa chilena.

clamas; discursos y toda otra producción textual. Los autores que consideramos fueron básicamente Juan B. Alberdi, Esteban Echeverría, Félix Frías, Vicente F. López, Juan M. Gutiérrez, José Mármol, Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento, Juan Thompson, Marco Avellaneda, Carlos Tejedor, Manuel Quiroga Rosa, Miguel Cané (padre), Luis Domínguez, Enrique Lafuente.

En cuanto a la delimitación del objeto, consideramos a la *Generación de 1837* como el sujeto de enunciación, es decir que en el análisis se privilegió al grupo como tal, más allá de la autoría de la obra examinada. Para prevenir posibles –y razonables– objeciones: si bien las diferencias entre los distintos miembros del grupo no fueron menores, para el tipo de análisis que practicamos no resultan relevantes ya que nos centramos en los significados de los términos y éstos excedían su elaboración y uso individual. Claro que esto fue posible ya que, efectivamente, no encontramos diferencias notorias en el empleo de los vocablos entre sus distintos integrantes.

Más significativo en relación a la delimitación del objeto, es el hecho de que nuestro examen se centró en la primera etapa de las vidas públicas de quienes formaron parte de la experiencia juvenil conocida como *Generación de 1837*. La investigación abarcó desde sus primeros escritos a mediados de la década de 1830 hasta fines de la década de 1840. El corte final tiene que ver con la agudización de diferencias internas: ante la certeza de que Rosas había devenido mero obstáculo, comenzaron a proliferar los intentos para sucederlo y organizar la nación. Y los proyectos elaborados por miembros de la *Generación de 1837* no hacían sino distanciarlos entre sí cada vez más; diferencia que cobraría mayor nitidez tras la caída efectiva de Rosas. Es que la imagen de la nación, que hasta ese momento actuaba en su discurso como un puro nombre, empezaba a cargarse de contenidos que no eran pensados de la misma manera por todos sus miembros. Sus ideas acerca de las características y las funciones que debían tener el estado y la sociedad y la postulación de agentes del proceso modernizador, más que divergentes, parecían ser incompatibles.¹⁵ El corte final se debe entonces a la construcción que hicimos del objeto *Generación de 1837*. Consideramos que la pertenencia a una generación excede la edad, la formación teórica, la amistad, las trayectorias en común y los ámbitos de sociabilidad. Una generación acontece, más bien, cuando sus miembros experimentan una coyuntura y se la representan como un problema compartido de índole política y/o intelectual. En este caso, el trasfondo que animaba las representaciones y las prácticas de la *Generación de 1837* –y que, creemos, la constituyó como tal– era la creación de una nación, entendiendo a ésta como el *nombre* del proyecto con el cual buscaban desarrollar lazos sociales y políticos modernos en el territorio rioplatense. La transformación de la idea de nación pro-

¹⁵ Cfr. de T. Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1982, pp. 7 a 55.

ducida a fines de la década de 1840, motivó que nuestro análisis se detuviera en el momento en el cual aquella trayectoria, que alguna vez se había querido colectiva, devenía inequívocamente individual y/o facciosa al asumir nuevos desafíos y problemas.

III. LA GENERACIÓN DE 1837

Los inicios: entre el gabinete de estudio y las pasiones políticas

Con el nombre de *Generación de 1837* se reconoce la experiencia político-cultural iniciada a mediados de la década de 1830 por un sector juvenil de la elite letrada integrado en su mayoría por ex estudiantes de la Universidad de Buenos Aires.¹⁶ La elección de esa fecha en la nominación se debe a que sus actividades tuvieron su primera expresión pública colectiva en junio de 1837, en el marco del *Salón Literario* de Marcos Sastre. En ese momento, Rosas llevaba dos años gobernando por segunda vez la provincia de Buenos Aires, detentando las facultades extraordinarias y la suma del poder público. En medio de un clima cada vez más opresivo, los jóvenes románticos buscaron crearse un lugar propio mediante el desarrollo de actividades culturales modernizadoras. Entre otras, fundaron algunas sociedades de estudios, publicaron obras literarias y doctrinarias y difundieron sus ideas en periódicos como *La Moda*.

Es de destacar que muchos de sus primeros pasos se los debieron no sólo a sus dotes intelectuales, sino a las situaciones personales por las cuales se encontraban cercanos a personajes encumbrados del orden federal y/o ligados a actividades estatales.¹⁷ Esta cercanía con el poder se veía reforzada por la convicción de que ese orden era preferible como tal, a cualquier intento de restauración por parte de los antiguos unitarios, retorno que a su entender sólo acarrearía una nueva época de conflictos que no podrían ser soportados ni resueltos. Por el contrario, en el orden federal reconocían una organización sociopolítica que, a pesar de su rusticidad, les parecía representar más fielmente la realidad rioplatense.

¹⁶ A pesar de la profusión de estudios y biografías que se ocupan de cuestiones relativas a miembros de la *Generación de 1837*, no existen trabajos que ofrezcan una visión conjunta de su trayectoria. Dentro de la bibliografía clásica se encuentra abundante información en F. Weinberg, *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1958, y J. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

¹⁷ En ese sentido parece paradigmática la trayectoria de Alberdi, protegido desde joven por el caudillo y gobernador de Tucumán A. Heredia. También se destacan otras figuras como V. F. López, hijo del presidente de la Corte de Justicia de Buenos Aires, R. Corvalán, editor de *La Moda* e hijo del edecán de Rosas, y otros como J. M. Gutiérrez, E. Lafuente y J. Thompson que trabajaban en distintas reparticiones estatales bonaerenses.

En forma consecuente, algunos de los jóvenes se acercaron a ese gobierno cuya legitimidad, creían, residía en los recientes hechos históricos y en la propia naturaleza del Río de la Plata. El objetivo era dotar a ese poder de una legalidad trascendente que encauzara la sociedad dentro de lo que denominaban *esfera del desenvolvimiento progresivo* o *perfectibilidad*. Por el momento, se contentaban con que los actores locales fueran adquiriendo progresivamente hábitos políticos y culturales civilizados. Mientras tanto, ellos, como miembros de la *Nueva Generación*—ésta era una de sus autodenominaciones, junto a la de *Joven Generación*—diseñarían una sociedad acorde al conocimiento social y político de su época. Consideraban que su acceso a ese conocimiento estaba destinado a reservarles un lugar de privilegio, ya que no sólo era una elite la que debía conducir los destinos públicos, sino que esa elite debía ser letrada.

La intemperancia rosista, que no dejaba margen para componendas, hizo que un intento de acercamiento por parte de Alberdi fuera rechazado, que el *Salón Literario* se cerrara y que *La Moda* dejara de publicarse. En consecuencia, comenzaron a sospechar que, para llevar a cabo sus proyectos modernizadores, debían considerar otras prácticas que implicaran dejar en un segundo plano la prédica sociocultural para pasar directamente a la acción política. Este cambio de propósitos se tradujo en la creación, en mayo de 1838, de la *Asociación de la Joven Generación Argentina*, agrupamiento semisecreto del cual se llegaron a fundar filiales en San Juan, Tucumán y Córdoba. A su vez, la reciente intervención francesa que bloqueaba el puerto de Buenos Aires y auguraba ponerle fin al poder de Rosas, les permitió liberarse del todo de su anterior postura que privilegiaba la transformación progresiva del régimen. En consecuencia, radicalizaron su apuesta por la acción político-militar y se sumaron tanto individual como colectivamente a los diversos intentos que en esos años procuraron acabar con el régimen rosista.¹⁸ Pese a todo, siguieron sin cuestionar uno de los núcleos más persistentes de su pensamiento: la autopostulación como guías únicos y esclarecidos de la sociedad. Pero no sólo no revisaron esta postura, sino que la exacerbaron en su afán por dirigir el vasto y heterogéneo conglomerado de opositores a Rosas.¹⁹

Para su desazón, Francia se retiró de la contienda privilegiando sus intereses internacionales y sus realineamientos internos y dejó a la intemperie a sus aliados rio-

¹⁸ Su participación se dio no sólo a través de la prensa. Actuaron en complots—es el caso de Lafuente, Tejedor y Thompson—, como asesores o secretarios—Alberdi y Frías lo fueron de Lavalle—, u ocupando cargos directivos—M. Avellaneda fue gobernador de Tucumán y activo dirigente de la antirrosista *Liga del Norte*—.

¹⁹ “Los hechos, los elementos, los poderes todos están en nosotros. Jóvenes al frente de la política argentina en el norte; jóvenes al frente de la política Oriental; jóvenes en todo y para todo. Que significa, pues, este hecho notable? Nosotros vamos a salvar a la República Argentina”, Alberdi a B. Silva, Zavallá y M. Avellaneda, Montevideo, 28/2/1839, en J. B. Alberdi, *Escritos póstumos*, Buenos Aires, 1895-1901, t. XIII, pp. 336-337.

platenses. Esto provocó un desengaño más profundo que el que les había causado Rosas, ya que no sólo habían estado animados en esa empresa por las más altas expectativas, sino que habían descubierto la profunda brecha que suele existir entre los ideales y los intereses. Como resultado de sus primeros pasos en la política, se encontraron con que ni el poderoso Rosas, razón instintiva y representante romántico del Río de la Plata, ni la poderosa Francia, razón colectiva y avanzada de la civilización, se habían plegado a sus propuestas. La política despojada de toda marca teórica se develaba y mostraba con crudeza los límites de una intervención que se preocupaba más por las ideas rectoras que por los actores que las encarnaban y sus relaciones de fuerza.

Los caminos del exilio: el descubrimiento de los intereses

Luego de haber vencido y/o neutralizado a sus enemigos a principios de la década del 40, se produjo la consolidación del orden rosista en todo el territorio de la Confederación Argentina. Así, a la dura condición de derrotados, los opositores tuvieron que añadirle la no menos dramática de exiliados. Esta situación, que en algunos de los miembros de la *Generación de 1837* se había pretendido personal y coyuntural, se generalizó y se mantuvo hasta la caída de Rosas en 1852. Comenzaron así un largo derrotero en el cual buscaron procesar el fracaso de sus primeras intervenciones. Este recorrido llevó a los más lúcidos de sus miembros a descubrir soluciones inéditas a las cuestiones que los desvelaban e, incluso, a plantearse problemas antes impensados. No es casual que sus obras más importantes hayan sido concebidas en su mayoría durante esos años: las *Bases* de Alberdi; *Facundo*, *Viajes y Recuerdos de provincia* de Sarmiento; *Amalia* de Mármol; la edición definitiva del *Dogma Socialista* de Echeverría. La riqueza de estas producciones, así como su centralidad en la historia política y cultural argentina, suelen relegar a un segundo plano que las mismas fueron realizadas por un grupo de exiliados. Por eso, no es de extrañar que, a la par de sus logros intelectuales, sus mayores esfuerzos hayan sido materiales y estuvieran centrados en sobrevivir. En sus biografías no cuesta demasiado encontrar momentos de penuria, enfermedades, pobreza, marginación y persecución política en los países donde fueron recibidos, incluso en los casos de aquellos que habían podido integrarse a la vida social y política en forma más o menos exitosa.

Durante esta prolongada y dura estancia en el exilio, fueron modificando aquello que parecía constituir un núcleo inmovible de su pensamiento: el rol que se autoasignaban como guías únicos de la sociedad. Esta transformación tuvo múltiples causas —conocimiento de otras experiencias políticas, extensión del capitalismo en el mundo, una nueva imagen sobre el fenómeno rosista—, pero la más importante fue el descubrimiento del peso que tienen los intereses a la hora de hacer factible cualquier proyecto social y político. Esta progresiva revelación les hizo plantear nuevas alter-

nativas que permitieran lograr la ansiada organización de la nación o, al menos, la existencia de un orden sociopolítico que fuera su precondition; posibilidades ambas que debían estar precedidas por el derrocamiento de Rosas, quien era sindicado como el obstáculo a ser superado.

Hay, por lo menos, dos direcciones en las cuales se puede reconocer qué estrategias se plantearon para poder inscribir sus ideas fuera del círculo de pertenencia. La primera, que terminó resultando la más exitosa, los llevó a interpelar a sectores de la elite socioeconómica y política que estuvieran enfrentados o que pudieran estarlo con Rosas. En ese sentido, se destacó el acercamiento a caudillos como el entrerriano Urquiza. La segunda apenas pudo ser esbozada a mediados de la década de 1840, cuando Echeverría intentó revivir la antigua agrupación a través de la captación de nuevos prosélitos que ya no tenían por qué limitarse a las elites –lo que explica el cambio de denominación de *Asociación de la Joven Generación Argentina* a *Asociación de Mayo*–.

Esta última opción estaba destinada a malograrse antes de poder dar a luz. Las causas de este fracaso no son difíciles de precisar, y entre las no menos importantes se puede mencionar la poca fe que tenían en trascender el marco de las elites. Pero sobre todo se debía a que a pesar de los esfuerzos de Echeverría, al respeto que generaba su figura entre los jóvenes y a la nutrida correspondencia que los mantenía en contacto, la situación de sus miembros que se hallaban dispersos por Sudamérica, Europa y los Estados Unidos, impedía que se pudiera recrear la Asociación. Pero esa distancia, que se creía o se quería espacial, devenía inequívocamente política e ideológica. Comenzaban a hacerse no sólo evidentes, sino también virulentas, las diferencias entre algunos de los antiguos compañeros. Si se dejan de lado los enconos personales –que no eran menores, por cierto–, lo que aparece como trasfondo es una diferencia cada vez más acentuada en los contenidos de los proyectos de nación esbozados por cada uno de los futuros ex compañeros.

En consecuencia, desde fines de la década de 1840, aquello que alguna vez quiso ser vivido como una experiencia colectiva, sólo pudo seguir teniendo esa cualidad en el campo de la memoria y, posteriormente, en el de la historia.

IV. IDENTIDADES POLÍTICAS EN EL DISCURSO DE LA *GENERACIÓN DE 1837*

En este apartado nos centramos en el examen de algunos significados con los cuales aparecen empleados los vocablos *América*, *Buenos Aires* y *Argentina* en los escritos de los miembros de la *Generación de 1837*. Con este análisis procuramos mostrar la coexistencia en tensión de identidades políticas en su discurso y dilucidar las posibles causas de su adhesión a las mismas.

América

El primer aspecto que se destaca en el uso que hacían los jóvenes románticos de *América* y de *americano/a/s* en sus escritos más tempranos, es su asociación con vocablos como *patria* y *nación*.²⁰ Este empleo puede relacionarse con la dificultad que manifestaban en lo que hacía a la posibilidad de circunscribir experiencias sociales a un ámbito que se recortara nítidamente del resto del continente. Este impedimento era asumido explícitamente en un artículo publicado en Chile a comienzos de 1843 por Sarmiento y Frías. En el mismo argüían que sus intenciones de hacerse chilenos no encontrarían mayores obstáculos ya que

En América en vano se alzan límites nacionales, el americano se halla en todas partes en su misma patria; el mismo idioma, las mismas costumbres, la misma civilización, los mismos partidos políticos, los mismos azares por la libertad, los mismos peligros para el porvenir.²¹

Si esta enumeración no es más larga aún, se debe a que la mayor preocupación de los autores era informarles a sus interlocutores argentinos que debían devenir chilenos tras la reciente derrota de las fuerzas antirrosistas en Arroyo Grande. Pero esta lista podría haberse extendido, ya que no encontraban diferencias sociales, culturales ni políticas que les permitieran realizar distinciones que tuvieran algún sustento real.²² Sin embargo, esta indiferenciación no se mantuvo incólume; con el correr de los años se iría atenuando.

La identidad *americana*, recordemos, gozaba de gran importancia en el Río de la Plata. Esta centralidad se había originado en el período independentista ya que había permitido establecer una distinción clara frente al enemigo español. Una vez finalizado el conflicto, pervivió en el imaginario de los actores de la primera mitad del siglo XIX, aunque su realización como proyecto estatal iría perdiendo relevancia. Los miembros de la *Nueva Generación* no hicieron más que prolongar este carácter dis-

²⁰ "Funesto destino el de los *Americanos!* –Un enjambre de aspirantes se disputan los andrajos de la patria"; "*Ser americanos*: he aquí nuestro deber, nuestra ley, nuestro destino. Teníamos libertad; *necesitábamos nacionalidad*". "La libertad de un pueblo no existe sino á condición de la *independencia de la razon nacional* [...] La jóven generacion [...], proclama ahora *la conciencia de la individualidad americana, y la completa independencia de la inteligencia nacional*". Diario de Juan Thompson, 29/9/1838 en R. Piccirilli, *Juan Thompson*, Buenos Aires, Peuser, 1949, p. 199; *El Iniciador*, núms. 10 y 12, Montevideo, 1838, pp. 209 y 252.

²¹ "Despedida del Heraldo Argentino", *El Progreso*, Santiago de Chile, 11/1/1843, en D. F. Sarmiento, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1948-1951, t. VI, p. 105.

²² Dos años antes el mismo Sarmiento aseguraba que "Entre pueblos hermanos por nacimiento, religión, usos y costumbres, el absolvente nunca ha creído hallar defectos populares que caractericen de un modo o de otro, a los chilenos, peruanos o argentinos; los cree a todos o americanos o hijos de los españoles, con los vicios y virtudes anexas a estos caracteres comunes", *El Mercurio*, 7/11/1841, en Sarmiento, *Obras...*, t. VI, p. 31.

tintivo. Por eso, la identidad *americana* cobraba mayor vigor cuando buscaban distinguirse de España o cuando hacían referencia al pasado colonial —en realidad era lo mismo: para ellos España seguía siendo ese pasado—.

En forma más específica, podemos señalar que la identidad *americana* aparece, principalmente, en el discurso elaborado antes de marchar al exilio. Esto contradujo nuestra hipótesis original que le atribuía la adhesión a esta identidad al hecho de estar exiliados en tierras americanas. Aunque parezca paradójico, fue el contacto de la *Nueva Generación* con otras realidades del continente lo que le hizo empezar a perder el carácter central en su discurso. En su destierro descubrieron un hecho obvio pero de trascendentes consecuencias. Si bien eran muchos los elementos que tenían en común con chilenos, orientales y bolivianos, no podían dejar de notar que su carácter de extranjeros los distinguía, aunque el contenido de esta diferencia no pudiera ser siempre precisado con claridad. Esta diferencia era de origen, circunstancia que al menos les permitía tener un nombre. Y éste no sería otro que el de *argentino*; aunque como veremos, también podía ser el de alguna provincia o región.

Pero mientras la *identidad argentina* no pudiera imponerse, seguirían mezclando las referencias a elementos americanos y argentinos, fundamentalmente en los escritos en los que se hacía mención a alguna cuestión de lengua o literatura. Es que, en tanto románticos, creían que ambas expresiones debían ser propias de una cultura singular. Pero cuando pasaban de las intenciones a las evidencias se tornaba dificultoso, si no imposible, producir un recorte que las circunscribiera al Río de la Plata y las diferenciara de las existentes en el resto de América.²³

Esta *confusión* entre los dos ámbitos —el americano y el argentino— iría desapareciendo gradualmente. Más aún, la identidad *americana* quedaría reducida a un uso meramente retórico. A mediados de la década de 1840 este proceso se hallaba avanzado. La prueba se puede encontrar en la distancia que tomaban del fenómeno, lo que les permitía, incluso, historizarlo. Por eso, hacia 1845 y en Chile, Alberdi podía asegurar que

En otra época, las fiestas de la familia continental de que hemos hablado, eran verdaderas reuniones de pueblos. La América unida asistía a las batallas, a las victorias comunes, a los festines de todos [...] *Hoy día existe la misma liga; pero en espíritu.*²⁴

Esta escasa factibilidad que le atribuían a la creación de una organización americana, no se repetía en lo que hacía a otras de las alternativas existentes de organización político-comunitaria: la expresada por las identidades locales o provinciales.

²³ “Larra que no basta á la España, basta mucho menos á la America que teniendo vicios y preocupaciones que le son privativas, necesita una *critica Americana, completamente nacional*. La mitad de Larra nos es útil, porque la mitad de nuestra sociedad es española; pero Larra no ha podido adivinar las preocupaciones americanas, aun cuando hubiese escrito para América. Y *después de haber convenido en la nacionalidad esencial de la literatura Argentina*, salimos con que Larra nos basta en punto ó sátiras?”, *La Moda*, núm. 4, Buenos Aires, 1837, p. 3.

²⁴ J. B. Alberdi, “Los americanos ligados al extranjero”, en *Autobiografía*, pp. 104-105.

Buenos Aires, porteño/a/s

Al igual que sus contemporáneos, los miembros de la *Joven Generación* solían tener una fuerte identificación con las provincias o localidades donde habían nacido, a las que llegaban a reconocer como su propia *patria* o *país* de origen.²⁵ Sin embargo, en el discurso producido aun por aquellos que habían nacido en el interior se encontraba muy desarrollada la identidad *porteña*. Veamos, entonces, cuáles eran las causas de esta identidad y las modalidades discursivas que asumió.

Recordemos el artículo aparecido en Montevideo en 1841, en el cual Alberdi se negaba a delinear cuál sería la organización de su sociedad. En dicho escrito, polemizaba con una comisión que había oficiado de jurado en un certamen poético destinado a celebrar el 25 de Mayo, ya que en su informe ésta establecía

la negación de toda literatura anterior a la revolución de Mayo, en lo cual no hay exactitud, porque [...], la literatura se había manifestado por distinguidos prosadores, tanto en Buenos Aires como en Méjico, Perú y Colombia; y no podía dejar de suceder así porque ella se manifiesta desde que hay sociedad, y ésta la hubo antes de Mayo, por más que la metáfora proverbial haga datar su origen en 1810.²⁶

En principio, llama la atención que aparezca equiparada Buenos Aires con entidades de distinto orden como México, Perú y Colombia, sobre todo si se considera que esta última ni siquiera existía en el período colonial. Sin embargo, se nos ocurre de mayor importancia la introducción, tras esa enumeración, de una ruptura con respecto al pensamiento de sus mayores. Ya señalamos que, por momentos, los miembros de la *Nueva Generación* le atribuían un origen y una constitución pactista a su patria. En este enunciado Alberdi muestra más coherencia con sus influencias doctrinarias románticas. Si no la patria o la nación, por lo menos la sociedad le parecía preexistente a la ruptura del orden colonial, más allá que una “metáfora proverbial” indicara lo contrario. Esta sociedad parecía tener dos dimensiones si nos atenemos a lo enunciado en el texto. La primera se define por extensión y se da en el marco de la unión de los pueblos americanos. La segunda, más específica, hace referencia a Buenos Aires. Por el momento hemos desenhebrado los hilos del razonamiento. Tratemos ahora de reconstruirlo, aunque más no sea a modo de silogismo. Según Alberdi: a) en toda sociedad existe una literatura; b) existía una sociedad en el período colonial; c) en el

²⁵ Para el tucumano Marco Avellaneda, su provincia, Salta y Santiago del Estero eran distintas patrias o países: “De tan horrible crisis sólo puede salvar a *nuestros respectivos países* una estrecha y sincera alianza. Yo me empeñaré en que el nuevo gobierno de *Tucuman* la solicite y *usted* y *los buenos santiagueños* *deben esforzarse porque el señor Ibarra la acepte*”; “Concluyo copiando unos párrafos de Lamennais que pueden servirle de texto para un largo y elocuente discurso que sin duda pronunciará usted en la Sala de representantes de su *patria*” [se refiere a Salta]. Cartas a Mauro Carranza, Tucumán, 19/11/1838 y a Pío J. Tedín, 1/10/1839 en M. Avellaneda, *Reflejos autobiográficos*, Buenos Aires, Coni, 1922, pp. 109 y 123.

²⁶ J. B. Alberdi, “Observaciones...”, p. 68.

período colonial existía entonces una literatura. Falta señalar algo que constituía una obviedad tanto para él como para sus interlocutores: esa sociedad, era la de Buenos Aires. El razonamiento parece estar acabado. Y de hecho, lo está. Hay, sin embargo, como en todo razonamiento, una premisa no dicha que es la que hace que éste tenga sentido y que no sea mera retórica: esa sociedad, la de Buenos Aires, era también la suya, la del tucumano Alberdi.²⁷

El *silogismo alberdiano* permite introducirnos en el primero de los problemas que se desprenden del análisis del término *Buenos Aires*. Éste ocupa, en ocasiones, el lugar que suponemos debería corresponderle a otros como *Argentina*. En este caso, esa posición la obtiene a partir de las relaciones de equivalencia que establece con vocablos que remiten a algo más que una ciudad o una provincia.²⁸ Pero desentrañar el significado preciso con el cual empleaban el término no parece tarea sencilla, ya que el mismo se encontraba inscripto en una red compleja. No sólo porque parecía reemplazar a términos como *Argentina*, sino porque podían confundirse ambos ámbitos en un mismo enunciado.

Se plantea así un problema, cuya respuesta más sencilla es sostener que *Buenos Aires* actúa en sus textos como una sinécdoque de *Argentina*. Pero esto no logra solucionar la cuestión, sino que tan sólo permite replantearla. La pregunta es por qué se apelaba a este recurso. Para aportar algunas pistas que permitan aclarar este punto, incorporamos al análisis dos enunciados que no pertenecen a miembros del grupo, sino al caudillo oriental Rivera y a los agentes rosistas en Montevideo:

en Mont^a se trabajaba con descaro en un plan en que *porteños y locos orientales apor-
teñados*, y que el gobierno mismo era promotor del desacato.

ha habido una *reunion de porteños* en casa de Modesto Sanchez y bajo la presidencia de Alsina. El objeto de la reunion era exponer los motivos que él [Alberdi] tenía para sostener en su diario á los franceses, escitando á los *porteños o argentinos* á reunirse de buena fé a los extranjeros.²⁹

En ambos enunciados, se puede apreciar la indiferencia en el empleo del gentilicio, hecho que no permite distinguir lo *argentino* de lo *porteño*. Parece significativo que estas apreciaciones se hayan reproducido en escritos privados de Alberdi y Mitre, sin ninguna crítica o aclaración de su parte. Esta omisión nos hace sospechar que este

²⁷ Así, al criticar a los unitarios exiliados destacaba que “no pudieron tolerar más estos hombres el modo cómo los *jovenes de Buenos Aires tratábamos* la cuestion francesa”, J. B. Alberdi, “Acontecimientos del Plata en 1839-1840”, en *Escritos...*, t. XV, p. 467.

²⁸ “*Buenos Ayres, el pueblo primogénito de la libertad de un mundo, el heroe que llevó sus estandartes y sus triunfos, del Plata al Ecuador, y del Ecuador al Brasil, se arrastra hoy abrumado de cadenas*”, *Muera Rosas*, núm. 1, Montevideo, 23/12/1841.

²⁹ Carta del Gral. Rivera al Presidente J. Suarez del 6/9/1844, reproducida en el “Diario de Mitre de 1846”, en R. Levene, *Mitre y los estudios históricos*, Buenos Aires, 1944, p. 196; “Carta de un corresponsal de la *Gaceta Mercantil*”, 9/3/1839, en J. B. Alberdi, *Escritos...*, t. XIII, pp. 330-331.

uso tenía algún grado de extensión en el Río de la Plata. De hecho, cuando los jóvenes románticos registraban este fenómeno, no parecía extrañarles:

El señor Varela era *porteño*, como vulgarmente llaman a los argentinos en este país.³⁰

Es posible que entre los miembros de la *Joven Generación* la *confusión* en el uso de los vocablos se pueda atribuir a que los utilizaban como sus contemporáneos. Sin embargo esta explicación es insuficiente. Este empleo se debía, más bien, a que su proyecto de construcción de una nación era indiscernible del de modernización social, política y cultural. Modernización cuyo único referente lo hallaban en Buenos Aires.³¹ Entonces, cobra otro sentido el uso que toma *Buenos Aires* por *Argentina*, ya que la ciudad –era el espacio urbano más que el rural– parecía contener los elementos que permitirían constituir la nación moderna.³² Esta caracterización de Buenos Aires como emblema de la modernidad provocaba una fuerte identificación con la misma por parte de los miembros del grupo, incluso entre los nacidos en el Interior –recuérdese que la mayoría había pasado por las aulas de su universidad–. En su imaginario, tanto la ciudad como ellos mismos representaban en germen la nación por constituir.

Para poder entender la centralidad de la identidad *porteña* en el discurso de la *Generación de 1837*, se deben dejar de lado los prejuicios que sólo permiten indagar aquello que se supone deberían estar pensando y haciendo sus miembros: la organización de la nación argentina a partir del principio de la nacionalidad. Hay que considerar que no veían su constitución como una posibilidad cercana en el tiempo. Por momentos, y al igual que muchos de sus contemporáneos, proponían concentrarse en la organización de cada provincia. Proyecto para el cual Buenos Aires contaba sin duda con las mejores condiciones de posibilidad. Sin embargo, no creían que ésta de-

³⁰ J. Mármol, *Asesinato del Dr. D. Florencio Varela*, Buenos Aires, Casa Pardo, 1972, p. 71 (Montevideo, 1849).

³¹ Por eso cuando Gutiérrez criticó privadamente a *Facundo*, contrapuso Buenos Aires a ese interior bárbaro descrito en el texto en su afán por exceptuar la ciudad del diagnóstico sarmientino “La República Argentina no es una charca de sangre: la civilización nuestra no es el progreso de las Escuelas primarias de San Juan. Buenos Aires ha admirado al mundo [...]. En Buenos Aires hay creaciones como la del crédito, el arreglo de sus rentas, la distribución de sus tierra; la Sociedad de beneficencia”. J. M. Gutiérrez a Alberdi, Valparaíso, 6/8/1845, en E. Morales, *Epistolario de Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, folios 56-57.

³² En un plan destinado a plantear las alternativas político-militares que tenía Lavalle hacia 1839 en su intento por derrocar a Rosas, se sostenía que “Los fines son la libertad, la dignidad, la regeneración del país. En ninguna parte es conocida la importancia de estas cosas, sentida su necesidad, deseada en consecuencia, como en la capital [...]. Es en el pueblo y no en la campaña ni en las provincias donde el extranjero goza de más simpatías [...] el pueblo representa mejor el principio progresivo y la campaña el principio revolucionario”. J. B. Alberdi, “Consideraciones acerca de las ventajas de un golpe sobre la capital”, en A. Carranza, *La Revolución de 1839 en el Sud de Buenos Aires*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, pp. 71-72.

bía ser la única provincia a la cual debía corresponderle tal suerte. Ya en 1835, J. M. Gutiérrez le hacía notar a su amigo salteño Pío J. Tedín que las provincias

*Se hallan independientes, no hay miras de nacionalización, y si existen carecen de un hombre como Quiroga, por ejemplo, que las represente y realice. Rosas parece que ni sueña en esto: trabajar, pues, por el aislamiento, es decir, por la independencia política de influencias extrañas y ambiciosas.*³³

Esta temprana caracterización —que es también una propuesta política— no puede ser sólo atribuida a una particular coyuntura política. Expresiones similares se encuentran a lo largo del período estudiado. Incluso, a través de la misma, procuraban diferenciarse de las otras facciones políticas, ya que les permitía criticar tanto el accionar de los unitarios como el de los federales rosistas.³⁴ Pero esta propuesta no debe pensarse solamente como un intento que debía concluir con la institucionalización de las soberanías provinciales; también podían formar parte de sus tentativas de organización nacional que tomaban como punto de partida el municipio, en tanto escuela o laboratorio de participación política del pueblo. Dentro de esa perspectiva etapista, no resultan extraños los proyectos de constituir las provincias como entidades políticas con distintos grados de autonomía. Por eso, Gutiérrez podía preguntarle a Alberdi en forma retórica:

“¿Cómo existirá la República? Por la comunidad de intereses. ¿Necesitarán éstos ser garantidos o manifestados por una Constitución? No; porque una Constitución para pueblos sin costumbres, es un papel lleno de renglones. —Cada Provincia tiene ya su fuerza gubernativa: basta esto [...] lo que hoy importa son Instituciones municipales que promuevan el desenvolvimiento de la riqueza.”³⁵

En última instancia, y como románticos que pretendían ser, no hacían más que registrar la existencia de un conjunto de soberanías provinciales cuyo máximo grado de unión posible era el de una confederación. Oscilaban así, al igual que sus contemporáneos, entre distintas alternativas en lo que hacía a la constitución de comunidades sociopolíticas. Pero cualquiera que sea la opción elegida, Buenos Aires era conside-

³³ “relacionarse con las demás hermanas, con intenciones meramente comerciales, y al abrigo de un gobierno que no persiga, que no robe la fortuna particular, constituirse en Provincia rica y tranquila, la que ahora es yerma y desierta”, Buenos Aires, 2/5/1835, en E. Morales, *Epistolario...*, folio 14.

³⁴ “Si Rosas no fuera tan ignorante [...]; habría llamado y patrocinado a la juventud y púestose a trabajar con ella en la obra de la organización nacional, o al menos en la de la Provincia de Buenos Aires”; “El partido unitario, necesitando teatro mas vasto para realizar sus ideas, promovió la formacion de un Congreso Nacional. Abandonó su primer propósito de organizar la Provincia de Buenos Aires y dejó su obra embrionaria para emprender otra mas difícil. Error gravísimo!”, E. Echeverría, *Dogma...*, p. 120 y E. Echeverría, “Cartas a Don Pedro de Angelis”, en A. Palcos, *Dogma Socialista* (edición crítica y documentada), La Plata, 1940, p. 411.

³⁵ Buenos Aires, 2/1839, en E. Morales, *Epistolario...*, folio 33.

rada casi como el único ámbito o punto de partida válido, incluso cuando imaginaban y programaban la futura nación. Nación que, sin embargo, se comenzaba a imaginar y construir bajo el nombre de *Argentina*.

Argentina

En términos generales, los vocablos *Argentina* y *argentino/a/s* aparecen en los escritos más tempranos de los miembros de la *Joven Generación* dando nombre a un proyecto político que remitía al futuro y que no se asociaba claramente con una realidad con encarnadura social y política presente o pasada. Estos usos se encuentran cristalizados en los discursos pronunciados en el *Salón Literario*, en los artículos de *La Moda*, en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* de Alberdi y en la primera edición del *Dogma Socialista* de Echeverría, en el cual se dejaba en claro que

La asociación de la joven generación argentina representa en su organización provisoria el porvenir de la nación argentina [...]. Ella trabajará en conciliar y poner en armonía el ciudadano y la patria, el individuo y la asociación: y en preparar los elementos de la organización de la nacionalidad argentina sobre el principio democrático.³⁶

En esos textos se pueden encontrar también fenómenos presentes calificados como *argentinos*. Pero éstos sólo hacían referencias a sí mismos. De ahí que predominaran las relaciones de asociación de *argentina* con otros términos como *juventud* o *inteligencia*.³⁷ Este uso derivaba de su concepción, según la cual, eran los representantes de la nación argentina y sus guías esclarecidos que la proyectarían y constituirían junto a la propia nacionalidad.

También se encuentran otras ocurrencias del término *argentina* que hacían referencia al pasado, pero sólo cuando el mismo era el del proceso revolucionario e independentista. Dicha selección se debía a que durante su transcurso situaban el origen de lo *argentino*. Pero, en sus análisis, sostenían que de ese proceso sólo habían heredado sus principios, sin ninguna expresión social de los mismos. En ese sentido, el término era usado como un *cliché* que se asociaba a otros de carácter abstracto como

³⁶ Al mismo tiempo, los sujetos y los ámbitos a los cuales se hacía referencia parecían tener una dimensión más *americana* que *argentina*: “En la emancipación social de la patria está vinculada su libertad. La emancipación social americana sólo podrá conseguirse [...] concretando toda la acción de nuestras facultades al fin de constituir la sociabilidad americana”, E. Echeverría, *Dogma...*, pp. 186 y 217.

³⁷ “He aquí reducido a limitados términos al espacio en que puede moverse la *inteligencia argentina*, que tantos frutos indígenas y preciosos promete a la patria”; “y me atrevo a creer que yo no sería del todo inútil en bolivia, [...] llevando conmigo *algunos talentos argentinos, esto es, talentos nuevos*”. J. M. Gutiérrez, “Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros”, en F. Weinberg, *El Salón...*, p. 148; Quiroga Rosa a Alberdi, Buenos Aires, 25/1/1839, en A. Palcos, *Dogma...*, pp. 325-326.

libertad, independencia.³⁸ Es por eso que, a pesar de la invocación de lo *argentino* como guía para su accionar político, se dudara de su eficacia: eran conscientes de que dicha calificación no podía expresar una realidad sólidamente establecida en los territorios herederos del virreinato rioplatense.

Este problema aparece asumido en un artículo publicado en el *El Zonda* —órgano de los jóvenes románticos sanjuaninos como Sarmiento, Quiroga Rosa y Aberastain—. En dicho artículo se reprodujo una supuesta discusión que llevó a rechazar la apelación al nombre *argentino* como parte del título del periódico. Los motivos que los llevaron a tomar esa decisión pueden parecer sorprendentes, pero, en su momento, parecían tan legítimos como irrefutables: ese nombre no sólo estaba desacreditado, sino que tampoco podía expresar algo *sanjuanino*.³⁹

Pero el drama que se les presentaba era más radical aún, ya que notaban la ausencia de algunos elementos imprescindibles para la existencia de una nacionalidad argentina, como la literatura local o el folklore. Esta carencia motivó que, hacia 1836, Echeverría dejara de lado un plan dedicado a su estudio y pasara a desarrollar un programa para su creación.⁴⁰ Apenas un año más tarde aparecía en Buenos Aires un cancionero que parecía cumplir en parte con estos propósitos, aunque era otro su compilador. En el mismo se reproducía, junto a una muy ecléctica selección de poemas locales, la *Marcha Nacional* de Vicente López y Planes —versión completa del actual Himno Nacional Argentino—. La primera ocurrencia del vocablo *argentina* en esa Marcha motivó que el compilador apelara a una nota al pie para explicar que “la voz Argentinos en esta marcha comprende á todos los ciudadanos de las Provincias del Río de la Plata”.⁴¹ La necesidad de esta aclaración nos da una pauta del carácter difuso o poco extendido que tenía entre los rioplatenses el vocablo *Argentino* a la hora de calificar fenómenos sociales, en especial al ser utilizado como un posible gentilicio.

³⁸ Entre las pocas ocurrencias del vocablo *argentino* en los discursos pronunciados en el *Salón Literario*, se encuentra éste de E. Echeverría: “Era la voz de la Patria que nos convocaba al templo del Dios de los ejércitos para que allí le tributásemos gracias por una nueva victoria del *valor argentino*.” “Primera Lectura”, en F. Weinberg, *El Salón...*, p. 153.

³⁹ “*EL PATRIOTA ARGENTINO* decía uno. Está eso muy desacreditado, respondíamos todos, *muchos que no eran patriotas lo han usado, y sobre todo no es Sanjuanino, no es casero.*” *El Zonda*, núm. 1, San Juan, 20/7/1839.

⁴⁰ “Tiempo hace que el autor de las Canciones cuya publicación emprendemos, concibió el proyecto de escribir unas melodías argentinas, en las cuales, por medio del canto y la poesía, intentaba popularizar algunos sucesos gloriosos de nuestra historia y algunos incidentes importantes de nuestra vida social. Pero para que su obra fuese realmente nacional y correspondiese al título, era menester que existiesen tonadas indígenas [...] entró a indagar primero el carácter de las muchas que con general aplauso entre nosotros se cantan, y halló que todas ellas eran extranjeras [...]. *Hubo entonces que renunciar a su intento, siendo necesario crear a un tiempo la poesía y la música*”, E. Echeverría “Proyecto y Prospecto de una colección de canciones nacionales”, en *Obras...*, pp. 455-456.

⁴¹ *El Cancionero Argentino*, Colección de poesías adaptadas para el canto, Buenos Aires, Imprenta de la Libertad (¿comp. José A. Wilde?), Cuaderno 1, 1837, p. 6.

Para peor, cuando los jóvenes románticos buscaban postular la existencia de un conjunto social nacional, el mismo parecía estar conformado por una reunión de pueblos en torno a intereses y necesidades comunes más que por un pueblo-nación. Es por eso que, en consonancia con el uso de sus contemporáneos, aparecía en ocasiones como sujeto de su discurso los *pueblos argentinos* más que el *pueblo argentino*.⁴² La fragmentada realidad rioplatense y los significados con los cuales se buscaba dar cuenta de la misma, contaminaban los textos de la *Nueva Generación* y condicionaban cualquier intento que pretendiera postular discursivamente la existencia de una nacionalidad entendida como un pueblo-nación argentino.

En resumen encontramos que, mayormente, los usos de los vocablos *Argentina* y *argentino/a/s* no remitían a ningún fenómeno social, político o cultural presente exterior al grupo y que pudiera dar cuenta de una nacionalidad.⁴³ Claro que, por el momento, sólo nos centramos en el examen de textos elaborados antes de producirse el exilio del grupo a fines de la década de 1830.

V. EL EXILIO, LA POLÍTICA Y EL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD ARGENTINA

En este apartado desarrollamos nuestra hipótesis que señala la extensión de la *identidad argentina* en el discurso de la *Generación de 1837* durante su exilio en la década de 1840, momento en el cual se produjo una transformación en las trayectorias políticas y en las indagaciones intelectuales de sus miembros. Esta ruptura provocó, entre otras consecuencias, un cambio en el empleo de los vocablos analizados y en el peso de las distintas identidades políticas en su discurso. Así, y en forma paralela al debilitamiento de la identidad *americana* y de las *locales*, se produjo la extensión y la generalización de los atributos de *argentinidad* en el presente y el pasado, más allá de sí mismos y sin que implicara rasgos negativos. Dicha transformación pudo obedecer a varias razones, pero en nuestro examen nos centramos en las que consi-

⁴² "Los pueblos se amaban [...]. Todos eran hermanos. Habían combatido juntos, habían mezclado su sangre sobre los mismos campos de batalla, habían arrojado iguales peligros bajo la misma bandera, juntos habían marchado hasta el Ecuador, y regresado á sus hogares, cubierto el pecho de nobles y orgullosas cicatrices. *Todos se llamaban Argentinos*". *El Pueblo Libertador*, Corrientes, 28/5/1840.

⁴³ Una forma extrema de este impedimento, y que puede ser tomada como un índice de la inexistencia de una realidad que pudiera ser calificada de *argentina* sin más, es la imposibilidad que tenían de asignarle dicho nombre al territorio. Por eso, algunos de sus escritos más tempranos abundan en una serie de nominaciones difusas. Un claro ejemplo de esta dificultad aparece en la tesis publicada en 1837 por M. Quiroga de la Rosa. En la misma, y a falta de cualquier referencia a algo *argentino*, se recurre a imágenes como las siguientes: "*nuestra precoz America y con mayor razon nuestra joven Patria*"; "*la mas bella parte de América Meridional*"; "*esta pintoresca y singular parte de América*"; "*nuestra gloriosa República*", en *Sobre la naturaleza filosófica del derecho*, Buenos Aires, Perrot, 1956, pp. 6, 62, 63 y 64.

deramos más significativas y determinantes: las políticas. En ese sentido, se destacan dos coyunturas, las cuales, pese a ser algo contradictorias entre sí, confluyeron provocando como resultado la extensión de la *identidad nacional argentina* en el discurso de la *Nueva Generación*.

En un primer momento, durante el bloqueo francés iniciado en 1838, apelaron al principio de la nacionalidad argentina buscando autoinvertirse como sus más legítimos representantes.⁴⁴ Con este movimiento procuraban alcanzar un doble objetivo: posicionarse favorablemente frente a las potencias extranjeras y frente a los opositores locales al rosismo. Tanto esta intención, como la modificación en el empleo de los términos, aparecen en la carta que le enviara Alberdi al cónsul francés Baradere con el objetivo de alejar las prevenciones de los otros exiliados acerca de la conveniencia del apoyo a la política francesa en el Plata:

Interesado yo en la suerte de las Provincias Argentinas, á cuyo seno me lisonjeo de pertenecer, desearía substraerlas a la duda que las hace vacilar, imponiéndolas íntimamente de las verdaderas miras de la Francia. Con este fin, yo y otros muchos hijos de la República Argentina, desearíamos obtener de la mano de unos de los Agentes de la Francia, una declaración franca y sincera sobre cada uno de los puntos que indicaré enseguida [...]. Si la Francia tiene algún motivo de resentimiento contra el Pueblo Argentino. 2) Si la Francia está dispuesta a respetar, como hasta aquí, el principio de la nacionalidad Argentina [...]. ¿La Francia piensa injerirse en las cuestiones de régimen interior de la República Argentina? El Sr. Cónsul, si lo tiene a bién, tanto en el interés de la Francia cuya causa representa, como en el interés de la República Argentina que yo procuro en esta solicitud, se dignará colocar al frente de cada una de estas cuestiones una resolución franca y terminante.⁴⁵

En esta misiva, Alberdi no sólo se arrogaba el encabezamiento del frente antirrosista, sino que también decía ser quien representaba “el interés de la República Argentina”. Dicha pretensión se tradujo en un notorio cambio en el empleo de los términos: aparecían postulados en el presente sujetos como el “Pueblo Argentino” y principios como el de la “nacionalidad argentina”. Pese a todo, en ese texto y en los escritos de ese período cuesta encontrar claramente delineado los *argentinos* como gentilicio de un pueblo-nación.

Esta operación política que tenía entre otros objetivos el de disputarle a Rosas la representación de los intereses locales; posición que los llevó a reconocer la existencia de otros actores políticos y sociales. Éstos, sin embargo, no dejaban de aparecer en su discurso subordinados a la lógica y la política elaborada y desarrollada por la *Nueva Generación*. Con el correr de los años —y la persistencia del rosismo— se pro-

⁴⁴ “Venidos de nuestro país, no hace mucho, podemos lisonjearnos de mantener con viveza los sentimientos íntimos y actuales, los pesares, las esperanzas, y deseos del pueblo argentino”, J. B. Alberdi, “Artículos publicados en la Revista del Plata”, en *Escritos...*, t. XIII, p. 477.

⁴⁵ Alberdi a Baradere, Montevideo, 20/2/1839, en J. Mayer, *Alberdi...*, pp. 198-199.

dujo otra inflexión en el pensamiento de la *Joven Generación* que la haría reconocer en un mayor pie de igualdad la existencia de otros sectores de las elites. Sucesivas derrotas producidas en los primeros años de la década de 1840, los llevarían a profundizar en la búsqueda de otros actores locales a quienes interpelar para lograr una solución al problema de la organización política y social. Como posible salida empezaron a favorecer la apelación a grupos sociales y políticos que habían crecido a la sombra del rosismo.

Esta intención se puede percibir en *Facundo*, texto publicado en Chile como folletín durante 1845. En sus últimos dos capítulos, que no casualmente desaparecerían de futuras ediciones, se contradecía todo lo sostenido a lo largo de la biografía del caudillo riojano. En la primera parte Sarmiento dejaba establecido que la naturaleza y la sociabilidad rioplatense habían creado la figura *bárbara* de Quiroga, la cual se había racionalizado y sistematizado en la de Rosas. Sin embargo al finalizar el texto, se sostenía que los propios rosistas terminarían con el régimen, aunque no quedaba claro por qué harían semejante cosa. Para la misma época, Echeverría le escribía a los caudillos de Corrientes y Entre Ríos, Madariaga y Urquiza, entregándoles su *Dogma Socialista* y depositando en ellos nuevas expectativas.

Resumamos, entonces, ambos movimientos que los llevaron a replantear sus representaciones y sus prácticas políticas. En principio, intentaron autoinvertirse ante Francia como los representantes de la nacionalidad y/o la nación argentina. Luego, ante el fracaso de esta apuesta, comenzaron a apelar cada vez más a sectores locales para acabar con Rosas y su régimen. Ya sea por un motivo u otro, no es de extrañar que se haya producido una generalización de la apelación a lo *argentino* como un principio o una realidad que pudieran existir más allá de sí mismos. Realidad y/o principios con los cuales debían contar sí o sí para que cobrara sentido cualquier proyecto de organización de la nación argentina a partir del principio de la nacionalidad. Por eso, Alberdi podía comenzar un polémico texto de 1847 con una frase cuya rotunda fuerza afirmativa hubiera sido difícil de hallar años antes:

*Hoy más que nunca, el que ha nacido en el hermoso país situado entre la Cordillera de los Andes y el Río de la Plata, tiene derecho a exclamar con orgullo: soy argentino.*⁴⁶

La imagen del exilio: el argentino como judío errante

Existe otra veta que permite explicar en parte, esta resignificación en el uso de los términos y la profundización de la *identidad argentina*: la experiencia del exilio. Esta vivencia se constituyó en un tópico recurrente de sus escritos, en los cuales se lle-

⁴⁶ J. B. Alberdi, "La República Argentina 37 años después de la Revolución de Mayo", en *Autobiografía*, p. 136.

gaba a homologar la triste condición del *argentino exiliado* con una figura más literaria que histórica: la del *judío errante*.⁴⁷ Esta identificación estaba sobredeterminada por la retórica romántica y por las referencias a esos nuevos mártires de la humanidad que eran los exiliados europeos que fracasaban en sus intentos de sustraer sus nacionalidades del dominio de los absolutismos.

En un artículo publicado en 1841 por un Sarmiento recientemente llegado a Chile, y que lleva por sugestivo título “El Emigrado”, se pone de manifiesto la forma en la que los jóvenes románticos percibían su destino de desterrados. Empezaba invocando a la “Desdichada Polonia”, que actuaba en el imaginario de la época como el paradigma de las luchas por la nacionalidad, con el consecuente destierro de quienes fracasaban en sus intentos revolucionarios. Pero, inmediatamente, pasaba del análisis de *ellos* al de *nosotros*, homologando ambas experiencias.⁴⁸ Luego, enumeraba a sus lectores las desdichas que traía aparejadas esta innoble situación, y culminaba develando su objetivo, que era condensar en esta experiencia los infortunios de sus compatriotas.⁴⁹

Reflexiones como las de Sarmiento nos hacen pensar en la importancia que debe haber tenido la experiencia del exilio en sus vidas. Pero en lo que atañe a nuestro interés, cabe señalar que fue algo más importante que un accidente en un conjunto de biografías. Como ya señalamos, uno de los factores que coadyuvaron a la conformación de sus identidades políticas era la forma en la cual los referenciaban en el extranjero. El exilio se constituyó así, y a pesar de que todavía podían ser vistos como *porteños, cuyanos, correntinos o americanos*, en una de las condiciones que permitieron forjar la identidad *argentina* a través de la forma en la cual eran percibidos por la mirada de los otros.⁵⁰

⁴⁷ “El argentino ha llegado á ser el *judío errante de la América Meridional*.”; “ya sabemos por aquí que los *judíos errantes argentinos* no son mejor tratados del otro lado de los Andes que de este lado del río”. *El Pueblo Libertador*, núm. 3, Corrientes, 6/2/1840; L. Domínguez a J. M. Gutiérrez, en *Archivo/epistolario de Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1981, t. II, p. 80.

⁴⁸ “Polonia! triste Polonia, yo te saludo desde el hogar extraño que me presta asilo. Nosotros, sí, solamente nosotros sabemos sentir tus angustias, [...] Como tus hijos que mendigan hospitalidad en las puertas de las naciones europeas, así vagamos nosotros, sin patria, sin asilo, sin posar tranquilos nuestra vagabunda planta, por la vasta extensión de América que circunda nuestra patria desdichada”, *El Mercurio*, 17/3/1841, en *Obras...*, t. I, p. 20.

⁴⁹ “Los argentinos gimen en el destierro, [...] Por todas partes refieren sus insoportables desgracias, y por todas partes arrostran semblantes fríos que no demuestran piedad, oídos que oyen porque no pueden evitarlo, corazones que compadecen sin simpatía y sin emociones, llegando la frialdad al extremo de poner en duda los hechos mismos que en toda su deformidad el déspota ostenta con impavidez a la faz y en presencia de todos los pueblos, [...]. *El nombre argentino es la fábula de América, pero las desgracias y los horrores que revela, sólo son amargos e insoportables para los proscriptos que lo llevan*”, D. F. Sarmiento, *Obras...*, t. I, p. 21.

⁵⁰ Según V. F. López, al llegar a Chile “muchos no querían saber de mí sino que era *argentino y romántico* y esto les bastaba para mirarme mal”, Carta a F. Frías, Santiago de Chile, 8/9/1842, en R. Piccirilli, *Los López*, Buenos Aires, Eudeba, 1972, p. 38.

Argentino: ¿nombre político o gentilicio?

Esta percepción de su situación en el exilio y la consecuente nominación identitaria, no debe hacernos suponer que se tradujo inmediatamente en el empleo del vocablo *argentino* como gentilicio. Sería un error confundir la generalización del uso del término con la extensión de la *identidad argentina*, entendiendo a ésta como la expresión de una nacionalidad. Nuevamente, nos encontramos con significaciones diversas conviviendo en el mismo discurso. Por momentos, se lo seguía empleando como el nombre de un grupo político cuando se quería hacer referencia a los miembros de la *Joven Generación* o a sus posibles aliados antirrosistas.⁵¹ Esta cualidad del término como nombre político cobra mayor relieve cuando se la pone en relación con enunciados en los que se nominaba como *argentinos* a quienes de ninguna manera podían serlo por su origen. Es el caso de Cullen y Lamas, nacidos canario y oriental, respectivamente, pero cuyas acciones políticas los había hecho acreedores a dicha calificación.⁵²

El vocablo aparecía así en una situación ambigua en lo que respecta a las identidades. Durante el exilio, se extendió un uso que daba cuenta de una identidad inclusiva y abarcadora de distintos sectores sociales y políticos, precondition necesaria para poder ser utilizado como gentilicio. Pero todavía podía aparecer como un nombre político que daba cuenta de una identidad facciosa que seguía remitiendo al propio grupo y/o a sus posibles aliados. En consecuencia, podemos notar que el proceso de *gentilización* del vocablo *argentino* no se hallaba concluido, aunque sí bastante extendido en el discurso del grupo hacia fines de la década de 1840.

VI. REALIDAD SOCIOPOLÍTICA Y DISCURSO IDENTITARIO

Por el momento hemos analizado el problema de las identidades políticas haciendo énfasis en el examen del empleo de algunos vocablos. Para poder enmarcar mejor estas cuestiones nos parece conveniente señalar la forma en la cual los miembros de la *Joven Generación* se representaban la realidad sociopolítica rioplatense. Comenzaremos

⁵¹ "Nada como hasta aquí, dicen la Francia, el Estado Oriental y los argentinos o unitarios como les llama Rosas"; "dispersos y perseguidos en todas las provincias interiores de la República Argentina; degollados, encarcelados, saqueados por Rosas en Buenos Aires; desunidos y anonadados por desavenencias estériles y funestas en la invicta provincia de Corrientes; parecía que el elemento Argentino hubiese concluido para siempre, ó al menos por muchos y largos años". J. B. Alberdi, "Artículos...", p. 566; M. Cané, *Consideraciones sobre la situación actual de los negocios del Plata*, Montevideo, 1846, p. 2.

⁵² "Me dice Vd. que escribirá sobre Cullen, y no dudo que a la fecha ya se ha dicho algo en favor de este buen argentino que ha hecho tantos esfuerzos en la caída del tirano"; "Adios, mi buen amigo, mi compatriota, pues Vd. es también argentino", E. Lafuente a F. Frías, Buenos Aires, 14/6/1839, en R. Lafuente Machain, *Enrique Lafuente*, Buenos Aires, 1946 p. 165; F. Frías a A. Lamas, Montevideo, 7/6/1839, en G. Rodríguez, *Contribución histórica y documental*, Buenos Aires, Peuser, 1923, t. III, p. 188.

considerando dos enunciados que tienen una particularidad, y es la de haber sido producidos en una zona relativamente marginal de ese espacio: la provincia de San Juan.

El primero forma parte de la carta de un lector que manifestaba su desagrado ante la descripción que se había hecho de su provincia en el primer número de *El Zonda*. Su crítica se refería a las

consecuencias mortificantes y deshonrosas que van a sacar los Mendocinos, y Porteños, y Cordobeces, y Chilenos [ya que esa descripción se podía prestar a posibles] malas interpretaciones en el extranjero (*El Zonda*, núm. 2, 27/7/1839).

Esta enumeración le otorgaba similar entidad y equiparaba a los habitantes de distintas provincias de la misma República entre sí, con los habitantes de otra República. Pero no sólo se los hacía equivaler, sino que no se apelaba a una posible expresión como podría ser *el resto de los argentinos*. Es verdad que una omisión por sí sola no revela nada, aunque no deja de ser destacable la falta de uso de un gentilicio, motivo por el cual el conjunto sólo aparecía nominado por extensión y no por definición. Más significativa parece ser la propiedad que califica ese conjunto nominado por extensión: la de "extranjero". En consecuencia, los mendocinos, cordobeces y porteños aparecían, junto a los chilenos, como extranjeros frente a los sanjuaninos. Esto nos lleva a preguntarnos cómo se representaba la *Generación de 1837* la pertenencia y la delimitación de las comunidades sociopolíticas. Podría objetársenos que esta carta no fue escrita por un colaborador del periódico. Sin embargo, sus redactores la reprodujeron sin ninguna crítica. Es que no tenían por qué hacerlo: dicha descripción se adecuaba cabalmente al imaginario de su sociedad.

Pero esta cuestión no puede ser reducida simplemente a un problema de imaginario o de representaciones. En el segundo de los enunciados, que fue escrito por los redactores del periódico, se aprecia una mayor precisión en la descripción de la situación, por lo menos desde un punto de vista jurídico-institucional:

Vedlos ignorar vergonzosamente el derecho de las naciones a los que quizá tendrán que representar al Estado Soberano de San Juan, cerca de los otros Estados Soberanos de la República, y aun de las otras Repúblicas (*El Zonda*, núm. 4, 10/8/1839).

En esta reflexión en la cual se buscaba descalificar las virtudes cívicas de sus conciudadanos, aparecen claras referencias a los distintos marcos sociopolíticos a los cuales pertenecían los sanjuaninos: el Estado Soberano provincial y la República que lo contenía. Esta última es la que debería ostentar la representación frente a otras Repúblicas. Sin embargo, el Estado Soberano también podía mantener vínculos diplomáticos. Son tres entonces los tipos de relaciones exteriores que plantea el artículo: a) entre dos Estados Soberanos provinciales; b) entre el Estado Soberano provincial y otra República; c) entre la República Argentina y otra República.

Estas descripciones nos dan una clara pauta de que en el espacio rioplatense existía una superposición de formas de soberanía, las cuales cobraron expresión en las

identidades políticas de los actores. Esto es lo que explica que en el discurso de la *Generación de 1837* se encuentren yuxtapuestas distintas identidades y marcos de pertenencia, más allá de su *voluntad de nación*.

Esta situación compleja cobró nuevas manifestaciones en el exilio. Si bien hasta el momento sostuvimos que en esa coyuntura se produjo la generalización en su discurso de la identidad argentina, cabe aclarar que dicho proceso no puede ser pensado en forma lineal. Para entender sus marchas y contramarchas debemos preguntarnos algunas cuestiones que eran, seguramente, las que aquejaban a sus miembros a medida que se iban involucrando en la vida social y política de los países que los acogían. ¿A quiénes tomaban por interlocutores? ¿Cuándo hacían referencia a cuestiones y fenómenos estrictamente locales? ¿Cuándo a argentinos? O, más bien, ¿cuándo y cómo podía discernirse ambos órdenes? En un discurso pronunciado en Montevideo el 25 de mayo de 1844, Echeverría hacía un repaso de la historia rioplatense desde el período revolucionario hasta el gobierno de Rosas. El conflicto de éste con el Estado Oriental era calificado como “guerra civil”; pero era ese choque el que, aseguraba, fortalecería la nacionalidad uruguaya.⁵³ En consecuencia, ¿dónde estaban ubicados los límites? ¿dónde el adentro y el afuera? Y lo que es más difícil de discernir, ¿dónde se ubicaban los exiliados? Sin embargo, Echeverría no parecía dejar lugar a dudas, ya que eran “argentinos y orientales” los protagonistas de ese drama. Pero éstos ¿formaban parte de una patria, de dos patrias, de una patria y dos nacionalidades? Interrogantes para los cuales difícilmente podamos hallar respuestas unívocas. Pero no porque no se produjera imaginariamente esa diferencia, sino porque la misma aparecía constantemente excedida por una serie de empleos de los términos que no necesariamente coincidían con esa intención. Esos usos, sumados a los ya analizados, dan cuenta de la necesidad de pensar los proyectos de nación de la *Generación de 1837* dentro de sus condiciones de producción, entre las que se debe considerar la disponibilidad de significados que tenía el lenguaje con el cual tenía que articular discursivamente sus diagnósticos y propuestas.

Finalicemos, ahora sí, con el examen de un último enunciado. Durante la primera intervención francesa en el Plata, uno de los *leit motifs* que se utilizaron para apoyar la alianza fue la imagen de tres banderas entrelazadas: la argentina, la oriental y la francesa. Esta idea fue desarrollada en algunos artículos de Alberdi e inspiró una poesía del muy joven Bartolomé Mitre. Cuando Alberdi trazó un par de años más tarde el balance de esa intervención, este tópico le seguía pareciendo sugestivo. Esto lo llevó a sostener que

no se veía en todos los parajes de Montevideo sino las tres banderas: argentina, francesa y oriental- entrelazadas: despues se unió á esta trinidad de colores, la bandera de la provincia de Corrientes [...] formando una cuádruple alianza picantísima.⁵⁴

⁵³ “Mayo y la enseñanza popular en el Plata”, en *Los ideales...*, p. 121.

⁵⁴ J. B. Alberdi, “Acontecimientos...”, p. 463.

Cabe preguntarse cuáles eran esas cuatro singularidades para Alberdi. La alianza de la bandera francesa, la oriental y la argentina no causa mayores problemas de comprensión. Pero cómo se podían aliar los colores correntinos con los colores argentinos, cuando toda esta digresión no hacía más que metaforizar la alianza entre distintos pueblos, nacionalidades y/o naciones. ¿Qué significaba una alianza entre el pueblo correntino y el pueblo argentino? ¿Tiene algún sentido esta expresión en nuestro presente? Seguramente, no. Sin embargo parecía tenerlo, y mucho, durante la primera mitad del siglo XIX.⁵⁵

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Para que esta expresión carezca de sentido en la sociedad rioplatense, debió transcurrir un proceso en el cual se fue afirmando la necesidad de constituir la nación argentina a partir del principio de la nacionalidad. Este proceso sólo pudo concluir una vez instaurado el estado nacional argentino, en cuya legitimación intervinieron construcciones históricas que buscaron naturalizar su origen. En consecuencia, fueron *olvidados* los conflictos que debieron superarse, no sólo en el plano social, político y económico, sino también en el de las identidades políticas y culturales. Es que esas otras alternativas no sólo habían tenido por actores a quienes parecían haberse opuesto en forma mezquina a la constitución de la nación. También habían afectado a quienes se postuló como sus guías más esclarecidos, en este caso, aquellos que habían participado de la experiencia juvenil romántica y liberal conocida como *Generación de 1837*. Y, como es sabido, algunas historiografías no soportan con facilidad la falta de transparencia entre sujeto, conciencia, proyecto y concreción. Por el contrario, en nuestra investigación consideramos que la tensión expresada en las ambigüedades y contradicciones producidas por la coexistencia de las distintas identidades políticas, es constitutiva del discurso de la *Generación de 1837*.

Hacia fines de la década de 1840 esas tensiones no habían sido resueltas aún, aunque parecía perfilarse el predominio de la *identidad nacional argentina*. Sin embargo, sería un error suponer que la ruptura producida en y por el exilio significó el paso de la inexistencia de la *identidad argentina* a su existencia. Se trató, más bien, de un proceso de jerarquización en el que la misma se vigorizó, y se debilitaron, a su vez,

⁵⁵ Es así que en un diario íntimo de Mitre se puede encontrar, entre otros papeles, la reproducción de un tratado firmado entre el Estado de Corrientes y Paraguay en noviembre de 1845. En el mismo se le aseguraba a Corrientes los derechos que tenían las provincias del Río de la Plata como estados independientes y se dejaba establecido que una vez obtenido el triunfo sobre Rosas, "*podrá el Estado de Corrientes renovar ó celebrar los pactos que juzgare convenientes con la República Argentina, separándose de la presente alianza*", en *Diario de la Juventud de Bartolomé Mitre 1843-1846*, Buenos Aires, Coni, 1936.

las *identidades locales y americana*. En ese sentido, parece evidente que la *Joven Generación* no produjo una categorización nueva, sino que profundizó una de las alternativas existentes en la realidad rioplatense.

Esta última aseveración, a pesar de su justeza, podría generar una interpretación no deseada por nosotros. La misma llevaría a considerar que el discurso de la *Generación de 1837* era sólo una expresión, más o menos afortunada, de la compleja realidad sociopolítica rioplatense. De esta manera se disminuiría el valor de su intervención que fue, por sobre todas las cosas, un intento por transformar su sociedad. Si bien nuestro trabajo procuró mostrar cuáles eran las condiciones de producción de su discurso, debemos señalar que, a través de éste, no sólo intentaron, sino que también lograron producir efectos que modificaron esa realidad. Este accionar fue producto de lo que denominamos la *voluntad de nación* de la *Generación de 1837*. Voluntad que puede registrarse en el sentido militante de sus escritos en cuya trama articularon un discurso que, quizás por primera vez –por ejemplo en *Facundo*–, constituyó un *nosotros nacional* que pudiera denominarse *argentino*. Es así que la postulación de un conjunto social entendido como un pueblo-nación, reconocible por un gentilicio y habitando un territorio delimitado, puede considerarse como uno de los legados de la *Generación de 1837* –legado que, de todas formas, debió esperar varias décadas para que pudiera institucionalizarse en el cuerpo de la sociedad argentina–.

Pero antes de construir esa idea de nación, debió imponerse en el seno de la generación romántica aquello que fue considerado no sólo como preexistente, sino también como un rasgo distintivo de sus representaciones: la referenciación plena en la *identidad nacional argentina*. Como intentamos mostrar, este predominio no fue un punto de partida, sino el resultado de un proceso en el cual se fueron opacando otras alternativas en lo que hacía a la constitución de comunidades sociopolíticas, las cuales eran expresadas a través de las *identidades locales* –la *porteña* en especial– y, en menor medida, la *americana*.

Si bien estas alternativas no triunfaron, no creemos que su análisis sea de poco interés para el conocimiento histórico, ya que éste, entre otras razones de ser, tiene la de recordarnos que, en cada presente pasado existió la posibilidad de construir un futuro distinto. Como notó alguna vez Macedonio Fernández: *Así como el no pensar expone y el no sentir expresa, también lo que no sucede debe contarse*.